

teneis palabras de vida eterna. Por lo que toca á nosotros hemos creído y hemos conocido que sois el Santo de Dios.

Hablando de esta manera, el alma expansiva de Pedro no hacía más que revelar todo aquello que ya había experimentado, él y sus colegas, con el contacto de Jesús.

El Maestro, aunque conmovido por ese arranque, no le aceptó sin reserva. Sabía que, entre los Doce, había un traidor. Lo dijo manifestamente, con una palabra que hizo brillar á la vez todo su amor por los que había escogido y la ingratitud de uno de ellos.

—“¿No soy yo quien os ha escogido? ¡Y uno de vosotros es un demonio!”

Judas no se reconoció en la alusión severa de Jesús. El hipócrita aceptó como suya la generosa profesión de fe de Pedro, y permaneció entre los Doce.

La voluntad del Padre es que la zizaña, siempre, en la tierra, esté mezclada con el buen grano.



CAPITULO X.

VIAJE DE JESÚS Á LOS CONFINES DE TIRO Y DE SIDÓN Y Á TRAVÉS DE LA DECÁPOLIS.

Después de la crisis cuyas peripecias acabo de referir, la situación de Jesús en Galilea, se dibuja. El pueblo en masa, cegado por sus preocupaciones religiosas y políticas, rehusa seguirle y entrar en ese Reino cuya espiritualidad le desalienta. Muchos entre sus discípulos le abandonan, escandalizados. Los Fariseos y los letrados continúan espiándole, persiguiéndole y desacreditándole en la opinión; el tetrarca le vigila y le amenaza: todo es de temerse de aquel que ha decapitado á Juan y quien, en la turbación de su conciencia, se imagina verle revivir en Jesús. Al lado del Maestro no permanecen más que los Doce y un cierto número de discípulos.

Humanamente, la causa está perdida.

La elocuencia, la sabiduría, los prodigios, la bondad, las manifestaciones incesantes del Espíritu del que Jesús superabunda, nada ha podido vencer la obstinación de ese pueblo endurecido. El admira y aplaude la doctrina, es curioso é insaciable de milagros; pero permanece impenitente é incrédulo. Cuando es preciso decidirse y escoger entre el Evangelio

y esas viejas preocupaciones, entre la ley nueva del Mesías y sus tradiciones nacionales, él resiste, se aparta, y permanece el esclavo de sus preocupaciones y de sus tradiciones. En vez de seguir á Jesús, él quiere que Jesús le siga.

Tres ciudades galileas habían sido el objeto del celo ardiente del Profeta: Korazim, Bethsaida y Capharnaum. Parece que ellas, por lo menos, debían dar el ejemplo y sorprender á las demás por el brillo de su conversión; ellas no han cambiado, ellas continúan viviendo en la rutina de sus observancias y de sus vicios. Semejante dureza arrancó á Jesús una exclamación de dolor y de indignación; él les juzgó peores que las ciudades paganas, peores que las ciudades malditas, como Sodoma.

—¡Infeliz de tí, Korazim! ¡Infeliz de tí, Bethsaida! Si los prodigios verificados en vuestros muros hubieran tenido lugar en Tiro y Sidón, ellas hubieran otra vez hecho penitencia con el silicio y la ceniza. Por esto, yo os digo, en el día del juicio, habrá menos rigor para Tiro y para Sidón, que para vosotras.

“Y tú, Capharnaum,” que has sido la patria de Aquel que llamaban los profetas y que deseaban las naciones, “¿acaso serás exaltada hasta el cielo? No, tú descenderás á los infiernos; porque si las virtudes que en tí han resplandecido se hubieran verificado en Sodoma, Sodoma subsistiría todavía. Por esto, yo os digo, en el día del juicio, habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para tí.”¹

Los juicios de Dios no aguardan siempre á la eternidad. Las tres ciudades que llevan el peso de esos anatemas están aniquiladas hace muchos siglos. La gloria de Jesús se ha levantado sobre sus ruinas, y su Espíritu de vida, que ha creado naciones y un mundo nuevo, las ha dejado en su muerte y sepultura.

Los Doce fueron los confidentes de la tristeza y de la indignación del Maestro. En esos momentos de angustia en los

¹ Mat., XI, 20 y sig.

que él experimentó la ingratitud y la infidelidad, bebiendo á grandes tragos lo que él llamaba su cáliz, no se le escapó una sola palabra de desaliento ó de amargura. El no tenía ninguna de las miserias del talento; lo mismo que él no sufrió á la multitud, él no se irritó contra ella; la duda no le conmovió jamás, él se sabía más fuerte que el mal, él buscaba en la voluntad de su Padre, por la que todo acontece, un refugio contra los hombres, y los sufrimientos de su destino le parecían dulces.

En ese mismo momento, respondiendo al Espíritu que siempre le hablaba y que fundía su voluntad humana con la de su Padre en una unión inefable, él se estremeció de alegría.

—“¡Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, yo os glorifico! Vos habeis ocultado esas cosas á los sabios é instruidos, y las habeis revelado á los pequeños. Que esto se haga según vuestra voluntad.”¹

Tal es la ley fundamental, universal, de la salvación, en Galilea y en Judea, como en toda la tierra, en el tiempo en el que Jesús habló á su pueblo, como en el tiempo en el que sus apóstoles, de siglo en siglo, repiten al pueblo sus enseñanzas.

La ciencia y la sabiduría humanas son incapaces de penetrar la voluntad de Dios: los que se reclaman de ellas soberbiamente no hallan en sus pensamientos sino escándalo y locura. Sólo la luz divina nos alumbrá; ahora, ella no es dada sino á los pequeños y á los humildes, á los que consideran en nada su sabiduría y su ciencia, y que aceptan con fe, sin comprenderlos, de boca de Jesús, los impenetrables misterios de Dios.

En medio de la defeción y de la resistencia de los hombres, Jesús guardó el sentimiento imperturbable de su omnipotencia, y se mostró á sus discípulos el igual á su Padre, y el único Maestro, el solo revelador.

—“Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre.”

¹ Mat., XI, 25 y sig.—Cf. Luc. XI, 25 y sig.

La fuente infinita del Ser, de la fuerza, de la verdad, de la belleza, del amor y de la vida, me ha dado todo. "Todo lo que está en El está en mí; y ninguno conoce al Hijo, si no conoce al Padre; y ninguno conoce al Padre, si no conoce al Hijo, y aquel á quien el Hijo haya querido revelarle."¹

La conciencia de su divinidad raras veces había inspirado á Jesús palabras más precisas y más enérgicas; jamás su celo ardiente, su amor por los hombres, le habían arrancado una exclamación más conmovedora. La vista interior de su inquietud, de su miseria, de su agitación y de su angustia, le enterneció; él piensa en todos los miserables, lanzándoles este llamamiento que la humanidad escucha siempre:

—"Venid á mí, todos los que padecéis trabajos, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo. Aprended á mí: yo soy dulce y humilde de corazón; y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera."²

El yugo de Jesús es el Espíritu del mismo Dios; él no abruma á los que le aceptan, él les lleva. Al sufrirle, se debe renunciar á sí mismo, á sus instintos, á sus pasiones, á sus intereses, á su propia vida: esta es la carga; pero al sacrificar todo lo que él es, el hombre no renuncia sino su pequeñez; él bien pronto experimenta, por el sacrificio, la dulzura, la energía y la serenidad de Dios; él sale del tiempo y de sus tempestades, para entrar en la calma de Aquel que es eterno.

A ese pueblo incapaz todavía de los dones del Espíritu, Jesús prodiga los dones materiales. En ese mismo tiempo, en el que la multitud se mostraba tan refractaria á su acción, él no se cansa de curar á los enfermos y á los débiles, de compadecer á esos obstinados, de llorar sobre ellos y de corresponder á la infidelidad, á la dureza de su corazón, por un aumento de compasión.

El llano de Genezar, en los alrededores de Bethsaida, fué

¹ Mat., XI, 27.

² Mat., XI, 28.

inundado de sus beneficios. Los caseríos, las aldeas y las ciudades que atravesaba el Profeta, estaban llenos de desdichados. Se les llevaba acostados en camillas, ellos llenaban las plazas públicas; se le suplicaba dejar solamente tocar la orla de su vestido, y el que le tocaba con fe era curado.¹ El caminaba rodeado de todas las miserias: de esta manera es como él comprende su reino.

Esta explosión de bondad es la coronación del apostolado galileo.

Después del fin de la crisis,—algunos días después de la Pascua del año 29,—hasta el mes de Septiembre, en el que se pondrá resueltamente en marcha para Jerusalem, Jesús no hace en Galilea y en Capharnaum sino rápidas apariciones.

Los documentos no nos le muestran más, como en los primeros meses, atrayendo á la multitud, exponiendo en parábolas los misterios del Reino. El se vá, silencioso, á la frontera del país galileo, en la vecindad de las tierras de Tiro y de Sidón, él visita la Decápolis, toca tierra en Magdala y vuelve á partir para la tetarquía de Herodes Philipo, pasando por Bethsaida Julias. No es sino después de esos diversos viajes que él atraviesa la Galilea, y entra un instante en Capharnaum, en la víspera de abandonarla para siempre.²

Ese movimiento de retirada está exigido por la situación. Jesús debe desconfiar de Herodes y de sus cortesanos; los Fariseos, más irritados que nunca, le persiguen con sus emboscadas y sus amenazas: no se debe exponer prematuramente á su odio. El pueblo, siempre preocupado con sueños belicosos, puede renovar su complot para secuestrar á Jesús y hacerle rey á su pesar: es sabio huir de esta multitud enloquecida. Por otra parte, no es en Galilea, sino en Judea y en Jerusalem en

¹ Mat., XIV, 34 y sig.; Marc., VI, 54 y sig.

² Esas excursiones lejos del foco de la agitación galilea, omitidas por San Lucas, están precisamente marcadas en la narración de San Mateo y sobre todo de San Marcos, que nos han conservado solamente algunos rasgos, algunos incidentes de la vida del Maestro; pero ahí se halla á Jesús todo entero, inexorable para con los Fariseos, lleno de mansedumbre para el pueblo.

donde debe desenlazarse el destino del Mesías. Al reconciliarse con sus discípulos, Jesús va á terminar su educación, conducidos poco á poco á la inteligencia de su obra y prepararse él mismo para la crisis sangrienta.

En el momento de dejar á Capharnaum para dirigirse hacia los países vecinos de Tiro y de Sidón, Jesús se encontró con los Fariseos y los Escribas que volvían de Jerusalem, en donde ellos habían celebrado la Pascua. ¹ Estos apercibieron á algunos de sus discípulos en la mesa, partiendo el pan sin haber purificado sus manos por las abluciones de costumbre; esto fué la causa de un conflicto. Conócese el rigor de esos devotos Formalistas por las observaciones minuciosas que, según sus tradiciones, constituyen el código de la justicia perfecta y de la piedad. La ablución era el gran rito de la pureza; para hacerla venerable, se la hacía remontar hasta Salomón; en realidad ella databa de Hillel y de Schammai; su voga había sido rápida; en tiempo de Jesús, ella había adquirido un gran favor. Aquellos que la despreciaban caían bajo el golpe de la excomunión del Sanhedrin. ² Se la aplicaba á las personas y á los objetos, tales como cálices, copones, vasos, lechos, á todo lo que servía para las necesidades de la vida doméstica.

Los fervorosos distinguían la loción de la aspersion y de la inmersión, la primera agua de la segunda; ellos obligaban á dar cuatro mil pasos para procurarse el agua necesaria, y uno de los más santos Rabinos enseñaba que era preciso morir de sed más bien que transgredir sobre este punto la tradición de los antiguos. ³ Estos detalles que pintan á lo vivo las extravagancias del fariseísmo y muestran á qué puerilidades los espíritus, por otra parte esclarecidos, pueden descender, hacen resaltar también la santa audacia de Jesús: él no transigirá nunca con esas costumbres de invención humana que, lejos de servir á la religión, la disminuyen y la falsean.

¹ Mat., XV; Marc. VII.

² Babyl., Beracoth, fol. 46.

³ Errubbin, fol. 21.

Los discípulos, naturalmente, siguen el ejemplo del Maestro y desprecian la ablución antes de la comida. Esta conducta escandalizó á los Fariseos.

—“Por qué, dijeron ellos á Jesús con un tono ofendido, vuestros discípulos no observan los mandamientos de los antiguos? ¿Por qué comen el pan con las manos impuras?”

—“Hipócritas,” respondió Jesús, “Isaías’ bien ha profetizado de vosotros: “Ese pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto con que ellos me honran es vano; ellos enseñan doctrinas y ordenanzas humanas.”

—“Vosotros despreciáis el mandamiento de Dios para guardar vuestras tradiciones. En efecto, ¿no dijo Moisés: Honra á tu padre y á tu madre? Aquel que maldiga á su padre y á su madre, que muera de muerte!”

—Y vosotros, ¿qué decidis? Si un hombre dice á su padre y á su madre: Todo lo que pudiera seros útil, yo lo he consagrado á Dios, ¹ vosotros le dispensáis y no exigis que él haga más por su padre y por su madre. Así es como en este caso y en otros muchos, vosotros abolís el mandamiento de Dios, para obedecer á una tradición que vosotros mismos habéis establecido.”

La extravagancia más ordinaria de la vana religión y de la piedad hipócrita es el abuso del rito exterior, él constituye el fariseísmo contra el que Jesús no ha cesado de combatir. El hombre se ha hecho una máscara para ocultar sus vicios, y tal es la aberración del orgullo entre los falsos devotos, que ellos sacrifican la ley santa de Dios á las miserables prácticas de su fantasía piadosa. El Fariseo consagra por un voto todo lo su-

¹ Isaías, XXIX, 13.

² *Korban*: fórmula abreviada en uso entre los Judíos para traducir sus votos. La piedad distinguía los votos por los que se consagraba una cosa á Dios, y aquellos por los que se prohibía ó se obligaba á hacer tal ó cual acto. La palabra *Korban* aplicada á un objeto, lo consagraba. El objeto consagrado se hacía inviolable. El devoto Fariseo consagraba á Dios y al servicio del altar y del Templo sus bienes ó lo superfluo de sus bienes; sus señores les prohibían emplearlos para subvenir á las necesidades de su padre y de su madre.

Cf. Lightfoot, *Horæ Hebraicæ et Talmud.*, ad. h. 1.

perfluo al Templo, á la compra de víctimas, de la sal y de la leña, y él deja morir de hambre á su padre y á su madre.

La lección severa de Jesús fué sin réplica. El llamó inmediatamente á la multitud, á fin de instruir la y desenmascarar la hipocresía de sus indignos maestros.¹

—“Escuchadme todos y comprended: no hay nada fuera del hombre que entrando en él, le pueda manchar; pero lo que sale del hombre, he aquí lo que mancha al hombre. Que el que tenga oídos para oír, oiga.”

Los discípulos en este momento se aproximaron á Jesús.

—“¿Sabéis, Maestro, que al escucharnos, los Fariseos se han escandalizado?”

Jesús no tenía nada que excusar á sus adversarios; su palabra fué más vehemente é inflexible.

—“Cualesquiera planta,” respondió, “que mi Padre celestial no haya plantado, será arrancada. Dejadles: estos son ciegos y conductores de ciegos; si un ciego conduce á otro, ambos caerán en la fosa del camino.”

Toda religión fundada sobre el error está destinada á perecer; ella no tiene raíz en Dios, ella debe desaparecer como el hombre que la implantó y fundó. Esta es la suerte de todos los falsos cultos; todos ellos han pretendido conducir á la humanidad, y ellos no han logrado sino precipitarla en la fosa en donde duermen con sus víctimas para siempre sepultadas.

Jesús, dejando á la multitud, entró en la casa con sus discípulos. La parábola sobre la verdadera pureza, que arruinaba á toda la enseñanza farisaica y pulverizaba á la justicia legal con sus ritos complicados é inútiles, parece haberles turbado. Pedro se hizo su intérprete.

—Explicadnos, dijo al Maestro, esta parábola.

—“Cómo,” dijo Jesús, “vosotros también tenéis tan poca inteligencia y no comprendéis? No, todo lo que de fuera en-

¹ Mat., XV, 10 y sig.; Marc., VII, 14 y sig.

tra en el hombre no puede mancharle, por que no entra en el corazón, sino en las entrañas que separan lo que los alimentos tienen de impuro y lo arrojan. Por el contrario, lo que viene del hombre, he aquí lo que puede mancharle. Dentro del hombre está el corazón de donde salen los pensamientos malos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los latrocinios, la avaricia, las maldades, el fraude, las deshonestidades, el ojo maligno ó la intención perversa, las blasfemias, la soberbia, la locura. Todos esos males salen de dentro y manchan al hombre.”

Esta doctrina tan sana y tan sencilla había sido frecuentemente traída en términos enérgicos por los profetas; después de muchos siglos, los Judíos siempre la habían despreciado, y en el tiempo de Jesús, la aberración de los Rabinos y de las escuelas era universal. El rito material, exterior, había llegado á ser para esos formalistas toda la justicia, la virtud interior no se tenía en cuenta. Ninguna voz se levantó entre los sacerdotes, los doctores, y los Escribas contra este abuso; los maestros ciegos, extraviaban á la multitud que les seguía, pasiva, inconsciente.

Jesús habla en fin á esas conciencias falseadas, encarece con un vigor irresistible á su Precursor y proclama á la faz de los Fariseos la vanidad de sus costumbres, la hipocresía de su formalismo; él distingue el cuerpo del alma: el cuerpo no es nada, el alma es todo, las manchas del uno no se tienen en cuenta ante Dios, porque la pureza está toda en el alma y en el corazón; de esta manera rompe él para siempre ese yugo de las prácticas meticulosas con las que la religión pagana y el fariseísmo judío abrumaban al hombre, y él funda en la conciencia libertada el culto en espíritu y en verdad.

Después de este encuentro que mostraba una vez más la ceguedad y la obstinación de sus adversarios, su prontitud para escandalizarse sin motivo, Jesús se levantó y partió con sus discípulos hacia la frontera de Fenicia.¹

¹ Mat., XV, 21 y sig.; Marc., VII, 24 y sig.

No sabemos por qué caminos pasó, en qué ciudades ó caseríos hizo alto. Un solo detalle, relevado por San Marcos,¹ prueba que la intención del Maestro en los últimos meses de su apostolado galileo, fué evitar el tumulto de la multitud y apagar la efervescencia. Al entrar en la casa que le dió hospitalidad, ordenó que se guardara silencio respecto de su llegada; pero él no pudo permanecer oculto; los paganos de la vecindad bien pronto supieron que ahí estaba.

Una Cananea del país siro-fenicio, habiéndole oído nombrar, se acercó á su habitación atraída hacia él por el dolor y la prueba; ella suplicó al Maestro con grandes exclamaciones:

—Tened piedad de mí, Señor, Hijo de David, mi hija está atormentada por el demonio.

Jesús no respondió.

Sus discípulos le suplicaban y le decían:—Despachadla, ella nos persigue con sus gritos.

—“Yo no he sido enviado,” replicó Jesús, “sino á las ovejas perdidas de Israel.”

La mujer entró, y arrojándose á sus pies:—Maestro, exclamó, socorredme!

Jesús reprimió su compasión; hubiérase dicho que él quería por una dureza aparente, poner á prueba la fe de esta madre infortunada y provocar la expresión de su confianza.

—“Deja,” la dijo, “saciarse á los hijos, no es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarle á los perros.”

La mujer aceptó, sin murmurar, esta alusión severa á su estado de pagana.—Es verdad, Maestro; y sin embargo los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que caen de los hijos.

Jesús fué vencido por tanta humildad y mansedumbre:

—“Oh, mujer,” la dijo, “tú fe es grande. Por causa de esta palabra, vete, el demonio ha salido de tu hija.”

La Cananea regresó á su casa: su hija estaba en la cama,

¹ Marc., VII, 24.

el demonio la había abandonado en la misma hora que Jesús lo había dicho.

Este sencillo hecho deja presentir la universalidad de la obra mesiánica. En los designios de Dios y en la conducta de Jesús, Israel, el pueblo elegido, recibe el primero la buena nueva, la luz y los beneficios del Reino; pero los paganos, de quienes la Cananea es la figura, tendrán su turno; el nombre de Jesús será llevado hasta ellos; ellos oirán decir que él viene para curarles y salvarles, ellos ya no serán el hombre animal que recoge las migajas caídas de la mesa en la que se sacian los hijos del Padre; la fe les dará la filiación divina; en el universo entero, entre Judíos y paganos, él tendrá la igualdad en la fe, y aun cuando se fuese de una raza maldita, bastará creer para ser incorporado al verdadero pueblo de Dios.

¿Cuánto duró ese viaje de Jesús á los confines de la Fenicia? Nada en los Evangelios nos autoriza á precisarlo. El episodio tan conmovedor de la Cananea alumbró solo ese período oscuro de su vida. La tradición, que con frecuencia completa á las narraciones evangélicas, es muda, ella no ha guardado ningún recuerdo del paso de Jesús en esas aldeas habitadas hoy por los musulmanes. De sus diversas detenciones, de sus pláticas, de sus beneficios, nada ha permanecido. Sin embargo, hacia el Djebel es-Scheikh, se muestra una fuente en la que Jesús se refugió: este es el límite extremo de su excursión en la Galilea septentrional.

Al dejar los confines de Tiro y de Sidón, volvió á los bordes del lago de Genezareth, á través de la Decápolis.¹ Este viaje es absolutamente incomprensible, si no se puede determinar esta región.

La Decápolis, como lo indica su nombre griego, fué segu-

¹ Mat., XV, 29; Marc., VII, 31.

ramente una confederación de diez ciudades principales; pero se ignora el nombre de algunas y su situación exacta. Los Evangelios, que á menudo mencionan la Decápolis, la suponen conocida y no nos dan ningún detalle preciso.

Plinio, en su Historia,¹ y Josefo² en su Biografía son los autores más antiguos en donde se halla, á este respecto, algunas informaciones. Según el primero, no se puede negar que varias ciudades de la confederación fueron vecinas de la Syria, y según los dos historiadores, se está seguro que la mayor parte de ellas, como Gadara, Hippos y Pella, estaban al oriente del lago; la una, Scythópolis, enclavada entre la Galilea inferior y la Samaria, sobre el límite de los dos países, estaba más acá del Jordán. Resulta de estos sencillos datos que si Jesús, al alejarse del país de Tiro y de Sidón, volvió al lago de Tiberíades por la Decápolis, él ha debido dirigirse hacia el Este, franquear primero³ el Leontes, descender hacia el valle del Jordán, pasar el río,—tal vez en el puente de las Hijas de Jacob,—y seguir la ribera oriental del lago por Gadara, Hippos y hasta el territorio de Scythópolis.

La población de esas ciudades era en su mayor parte siro-griega ó fenicia; allí era raro el elemento judío. Sin embargo, aunque ocupada por los paganos, la Decápolis perteneció, según la enseñanza de los Rabinos, á la tierra de Israel; viniendo á fijarse entre los infieles, el Judío se sintió todavía en su casa y participó de sus privilegios religiosos adheridos al suelo sagrado.—Aquel que la habita, decían los doctores, tiene á Dios en él; el que allí está sepultado está absuelto de sus pecados; es como si descansara debajo del altar.³

¿Qué camino siguió Jesús? ¿qué ciudad de la Decápolis visitó? Se ignora.

A pesar del cuidado que él puso para evitar á la multitud, él la veía acudir y aumentar en el camino, el thaumaturgo la

¹ L. V, ch. XVIII.

² Vita, 71, 73.

³ Babyl., Chetub., fol. 110 y 111.

atraía. La curiosidad, el deseo de las curaciones materiales, la sed del milagro, ponían siempre al pueblo en movimiento. Levábanle ciegos, mudos, cojos, enfermos de todas clases; se les arrojaba á sus pies, él les curaba y esos paganos maravillados glorificaban al Dios de Israel.¹

San Marcos refiere en detalle uno de esos prodigios, la curación de un sordo-mudo, suplicando á Jesús le impulsiera las manos.² El le tomó aparte y se retiró lejos de la multitud; puso sus dedos en sus orejas, y con saliva tocó su lengua; en seguida levantó los ojos al cielo y suspiró diciendo: "Ephpheta." Abrios!

En el instante mismo, los oídos del sordo-mudo se abrieron; su lengua se desató y habló distintamente.

Jesús prohibió á todos decir nada; pero cómo detener el entusiasmo de la multitud, siempre llevada del sentimiento? A medida que Jesús pedía el silencio, más se le aclamaba. Hubo un gran grito de admiración en el pueblo:—El ha hecho muchas cosas, ha hecho oír á los sordos y hablar á los mudos.

Así es como la voz del pueblo es la voz de Dios. Entregado á sí mismo, á su rectitud nativa, á la espontaneidad de sus impresiones, él se extremece con el contacto de la verdad, de la justicia y del bien, y por esto Jesús le amó. La asiduidad de la multitud le consoló de la actitud hostil y soberbia de los Fariseos.

Algunos días después, prosiguiendo su viaje, se vió todavía rodeado por la multitud; él ejercía sobre ella un atractivo irresistible, ella se levantaba á su paso, y como un rebaño sigue al pastor, ella le seguía sin inquietud del mañana, subyugada y encantada. Ella estaba desde hacía tres días con él, encade-

¹ Mat., XV, 35.

² Marc., VII, 32-37.

nada á sus pasos;¹ los víveres faltaban; Jesús subió sobre una colina y se sentó, en seguida llamó á sus discípulos.

—“Tengo piedad de esas gentes,” les dijo, “he aquí tres días que están conmigo y no tienen que comer. Si yo les envío en ayunas á su casa, caerán de desfallecimiento en el camino, porque muchos de ellos han venido de lejos.”

Los discípulos sorprendidos respondieron, recordando la imposibilidad de saciar á todo un pueblo en el desierto.

—“¿Cuántos panes tenéis?” preguntó Jesús.

—Siete, con algunos pequeños pescados.

El ordenó á la multitud que se sentara en el suelo; después tomó los siete panes y los peces, y dando gracias á Dios, les partió y les dió á sus discípulos para que los distribuyeran al pueblo.

• Todos comieron y quedaron saciados. De lo que quedó de fragmentos, se repartieron siete canastos llenos. Ahora todos los que comieron fueron como cuatro mil, sin contar á los niños y á las mujeres.²

Jesús se apresuró á despedir la multitud y se ocultó bruscamente. El lago estaba cercano; subió con sus discípulos en una barca y vino á abordar al país de Dalmanutha, sobre los confines de Magdala.³

La duración de su permanencia en Decápolis, su vida entre esas poblaciones semi-paganas, han quedado ignoradas. La curación del sordo-mudo y la multiplicación de los panes son los únicos hechos que los Evangelios nos han conservado. Jesús no hizo más que atravesar esta tierra, sin fijarse en ninguna parte; pero por doquiera que pasaba, á pesar de sus esfuerzos para no despertar la curiosidad y la asiduidad del pueblo, se le veía rodeado de la multitud, y su viaje era un triunfo popular. Su presencia en el país de Magdala, no lejos de Bethsaida y de Capharnaum, fué pronto señalada.

¹ Mat., XV, 32 y sig.; Marc., VIII, 1-9.

² Véase el Apéndice H. Las dos multiplicaciones de los panes.

³ Véase el Apéndice I. El país de Dalmanutha.

La ausencia de Jesús, después que él había afirmado en la sinagoga de Capharnaum, con tanta claridad y firmeza su mesianismo espiritual, no había calmado la irritación y el odio de sus enemigos. Si el pueblo le abandonaba, los jefes de las diversas escuelas y de diversos partidos, los Fariseos y los Saduceos le vigilaban siempre, tratando de contradecirle, de sorprenderle, de arrancarle alguna palabra que les permitiera denunciarle y perderle; ellos debieron conocer los últimos milagros de Jesús en las ciudades de la Decápolis y no dejaron de despreciarles, atribuyéndoles al espíritu malo; esta era su táctica habitual.

Varios de entre ellos se reunieron, y vinieron á Jesús, disimulando bajo una aparente sinceridad sus intenciones pérfidas; ellos le pidieron mostrarles una señal en el cielo, asegurándole sin duda que, si él escuchaba su demanda, ellos creerían en él.

—Tus milagros, parecen decirle, son milagros de la tierra en donde reina Satanás, nos hacen falta milagros en el cielo en donde Dios habita; los primeros pueden ser la obra de Satanás: muéstranos los que no pueden venir sino de Dios; obra como Elías, como Samuel, como Josué, como Moisés: danos una señal del cielo, y creeremos en tí.

Ese sofisma era el argumento favorito de los Fariseos; ellos esperaban por esta extraña doctrina, debilitar el valor de los testimonios milagrosos de Jesús y adormecer su conciencia, á cada paso sacudida por la palabra y los prodigios de aquel que se decía el Enviado de Dios.

Recuérdese con qué rigor, con qué precisión y con qué elocuencia indignada, Jesús ya había refutado esos errores y desenmascarado esta hipocresía. Al volver, esos mismos Fariseos, siempre más obstinados, á renovar sus ataques y añadir la falsedad al odio, él no pudo contener una exclamación de dolor; su corazón lanzó un gemido, dice un Evangelio.⁴

⁴ Mat., XVI, y sig.; Marc., XIII, 2 y sig.

² Marc., VIII, 12.

Siempre dueño de sí, respondió á sus adversarios:

—“En la tarde, decís: mañana hará buen tiempo, porque el cielo está rojo; y en la mañana: Habrá tempestad, porque el cielo está como un fuego oscuro. Hipócritas, vosotros que juzgais el aspecto del cielo, ¿cómo no sabéis conocer las señales de los tiempos?”

Los tiempos,—ese gran cielo de la historia, del que el cielo visible no es sino una imagen,—estaban llenos de señales que debían herir á todos los ojos. Las semanas de Daniel, ¿no habían expirado? ¿El cetro no había salido de Judá? ¿La patria no estaba en el fondo del abismo, esperando la salvación? ¿Los oráculos de los profetas no se cumplían? ¿Elías, en la persona de Juan, no había venido, como el precursor del Reino? ¿Los milagros de Jesús, su Espíritu y su doctrina, no corresponden á todo lo que los profetas habían anunciado del Mesías? ¡Y ante esas señales los maestros de Israel osan pedir otras! ¿Qué claridad podrá entonces abrir esos ojos que se rehusan ver?

—“Cómo,” exclamó Jesús con un acento lleno de vehemencia, “¿está raza pide una señal? Esta es una raza mala y adúltera.” En lugar de obedecer á Dios, ella no escucha más que las sugerencias del mal; en vez de ser la esposa fiel, ella es adúltera con Satanás. “Ella pide una señal, no le será dada, si no es la señal de Jonás, el profeta.”

Jesús hace alusión á su muerte y á su salida del sepulcro. Esa será, en efecto, la gran prueba de su misión,—prueba última que suministrarán aquellos mismos que no han querido, en su ceguedad, comprender á los demás y que será para ellos el supremo escándalo.

Bajo esta palabra misteriosa, Jesús despidió á sus interlocutores; nada tenía que hacer con esos sofistas, él les dejó y partió! Una barca le llevó con sus discípulos más allá del lago, á Bethsaida. *

* Mat., VIII, 22 y sig.

Por la precipitación de la partida, los discípulos habían olvidado tomar panes. Jesús, todavía triste é indignado de la actitud de los Fariseos, de las tinieblas en las que ellos se sumergían voluntariamente, de su invencible obstinación en rechazar el llamamiento de Dios, dijo de repente á los que él había escogido:

—“Desconfiad de la levadura de los Fariseos y de los Herodianos.”

Los discípulos no comprendieron el pensamiento oculto bajo esta imagen de la levadura; ellos no pensaban sino en las provisiones olvidadas, reprochándose el uno al otro su negligencia y preguntándose cómo vivirían, si el Maestro, según su costumbre, les llevaba á algún desierto.

Jesús penetró sus pensamientos que ellos no osaban revelar claramente:—“¿Por qué os inquietais los unos á los otros de no tener pan,” les dijo, “hombres de poca fe? ¿No teneis, pues, ni sentido ni inteligencia? ¿Vuestro corazón entonces está siempre ciego? ¿Teniendo ojos, no veis? ¿Teniendo oídos, no oís? ¿De nada teneis que acordaros?”

—“Cuando dividí cinco panes entre cinco mil hombres, ¿cuántos cestos habeis llevado, llenos de fragmentos?”

—Doce, respondieron sus discípulos.—“Y cuando dividí siete panes entre cuatro mil hombres, ¿cuántas canastas llenas habeis llevado?—Siete, dijeron ellos.

Entonces, añadió: ¿Por qué esas preocupaciones? ¿No sabía yo alimentaros? No es del pan que yo he hablado, al decirlo: “Guardaos de la levadura de los Fariseos y de los Saduceos.”

Ellos comprendieron en fin la alusión.

En toda circunstancia, Jesús levantaba el pensamiento de los discípulos, aplicándose en revelarles la verdad bajo el velo de los símbolos que le ofrecían los diversos incidentes de la vida, y poniéndoles en guardia contra los peligros de ese medio farisaico en el que todo conspiraba para sofocar el buen grano de su palabra.

Como ellos ya habían atravesado el lago, desembarcaron y llegaron á Bethsaida. ¹ Se llevó á un ciego, suplicando á Jesús le tocara. La confianza de esas gentes era tan grande, que ellos estaban persuadidos que una imposición de manos era suficiente para curarle.

Jesús tomó la mano del ciego, y para evitar el tumulto de la multitud, le condujo fuera de la ciudad. Ahí, untó sus ojos con saliva, y habiéndole impuesto las manos, le preguntó si veía algo.

—Yo veo, dijo el ciego, como árboles, caminar á los hombres.²

Entonces, Jesús puso de nuevo la mano sobre sus ojos, y el ciego comenzó á ver. Poco á poco, él apercibió claramente todas las cosas: él estaba curado.

—“Vete á tu casa,” le dijo Jesús despidiéndole, “y si entras en la ciudad, no digas á nadie lo que te acaba de suceder.”

Esta narración animada y llena de detalles descubre al testigo ocular. San Marcos que la refiere es evidentemente el eco de Pedro, uno de los tres Apóstoles que gustaba á Jesús llevar consigo, cuando se separaba de la multitud y de los otros discípulos.

No se comprendería la importancia de los actos milagrosos de la vida del Salvador, si, á ejemplo de la multitud, no se admirara sino el elemento exterior y material. No basta reconocer en ellos las pruebas divinas de su misión, es preciso ver allí, todavía, “las señales” según la palabra expresiva de S. Juan. Todo acto de Jesús es una palabra de un sentido profundo. Esta curación del ciego de Bethsaida es el vivo símbolo de la acción progresiva de Jesús llevando la luz á los que no ven la verdad de Dios. Lo mismo que al saciar al pueblo con un pan sobrenaturalmente multiplicado, él se reveló como el alimento de la humanidad; lo mismo al dar la vista á los ciegos, él se manifiesta como la luz de las almas.

¹ Mat., IX, 32 y sig.; Marc., VII, 32 y sig.; Lucas XII, 14 y sig.

El hombre ha perdido la inteligencia del mundo divino, vaga en las tinieblas, incapaz de comprender á Dios; Jesús viene á él, le toma de la mano, le separa, y llena con él una de las funciones las más necesarias del Mesías, abriendo poco á poco sus ojos á la verdad eterna.

Esta obra de terapéutica divina no se muestra en ninguna parte con más belleza que con esos Galileos escogidos para ser sus apóstoles; los últimos meses de Galilea le están reservados. Al aislarse de la multitud y de las ciudades, Jesús se procura una intimidad más profunda con los suyos, y les prepara á recibir comunicaciones más elevadas, más difíciles de entender, más imprevistas. El trabajo secreto del Maestro, en su esencia íntima, escapa á la historia, porque él es la obra invisible del Espíritu invisible, en las profundidades insondables de la conciencia, pero los resultados nos son conocidos. Nosotros vemos el punto de partida y el punto de llegada, y podemos seguir en las narraciones evangélicas las fases sucesivas, las etapas crecientes de esta transformación. Salidos de la masa judía, lentamente librados de las tinieblas en la que ella se agita y se separa, los discípulos sufrieron con el contacto de Jesús, la acción soberana de su Espíritu; iniciados poco á poco en la verdad y en la virtud, ellos toman insensiblemente conciencia de lo que es él, de su fuerza divina, de su enseñanza, de sus preceptos y de sus designios. En menos de tres años, esos pescadores del lago, esos peajeros, esos hijos del pueblo, se despojan de su naturaleza primitiva y se revisten de la de su Maestro. El llega á ser su sabiduría y su fuerza, su alma y su genio; ellos piensan por él y obran por él.—Yo no vivo ya, dirá uno de ellos, él es quien vive en mí. ¹ No se hallará en la historia humana un solo ejemplo de semejante metamorfosis.

Después de haber sido, á cada paso, testigos de sus milagros, hélos aquí subyugados por su grandeza y su divinidad.

¹ Rom., V.

Pero ellos no dudan del misterio de sus debilidades, de sus dolores, de sus humillaciones, de su muerte; y por tanto, ese misterio sangriento está en la víspera de cumplirse; el Maestro va á darles el secreto.



CAPITULO XI.

LA MUERTE FUTURA DEL MESÍAS.—LA TRANSFIGURACIÓN.

Jesús no hizo en Bethsaida sino una corta detención. Después de la ruptura definitiva con el pueblo de Galilea, su vida es un viaje sin tregua, lejos de Capharnaum y del lago, por ciudades y aldeas en las que se esfuerza en pasar como incógnito. Recorrió la frontera del país de Tiro y de Sidón y toda la Decápolis, hoy va con sus discípulos, á los alrededores de Cesarea, buscando una soledad más profunda.

El territorio comprendido entre Julias y Cesarea, al oriente del Jordán, es desierto, montañoso y salvaje, aun las ruinas allí son raras; en tiempo de Herodes, debió ser poco habitado. La gran vía romana de Damasco á Jerusalem le cortaba en su latitud. Jesús, encaminándose hacia los caseríos vecinos de la ciudad embellecida por el tetrarca Filipo,¹ debió atravesar esta vía, cerca del puente de las Hijas de Jacob. No tenemos ningún detalle acerca de su acción apostólica y popular en ese país que él visitó por primera vez, allí, como en otras partes, los sufrimientos, las miserias han clamado á él, y las alivió y curó. Sin embargo, su verdadero designio no es evangelizar la

¹ Mat., XVI, 1 y sig.; Marc., VIII, 27 y sig.